

JEAN ECHENOZ

*El meridiano de
Greenwich*

PREMIO FÉNÉON



ANAGRAMA
Otra vuelta de tuerca

Índice

Portada

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

Créditos

1

El cuadro representa a un hombre y una mujer sobre un fondo de paisaje caótico. El hombre lleva ropa de color azul marino y botas de goma verde. La mujer viste traje blanco, algo inesperado en este entorno prehistórico. Mirando a esta mujer, no es difícil imaginar que un cordón dorado pudiera ceñirle el talle y que, con unos cuantos pájaros, y hasta flores, revoloteando a su alrededor, pudiera cobrar el aspecto de una alegoría de no se sabe qué.

Era en las antípodas, a comienzos del invierno. El hombre y la mujer avanzaban por la arista de un terreno inclinado, sembrado de guijarros ovales, mates y livianos como la piedra pómez, que se deslizaban a sus pies y rodaban a cada lado de la cresta, atrayéndose por incitación mutua y formando una larga sucesión de golpes secos y atropellados, como una «r» de vibraciones interminables. Alrededor de los dos personajes, el paisaje estaba fragmentado, cavado, como cortado con una tajadera; se llamaban respectivamente Byron y Rachel.

Que a uno le dé por describir esta imagen, inicialmente fija, que se arriesgue a exponer o suponer sus detalles, la sonoridad y la rapidez de dichos detalles, su eventual olor, sabor, consistencia y demás atributos, es algo que despierta sospechas. Que uno se pueda interesar así por este cuadro es algo que proyecta una duda sobre su realidad misma como cuadro. Puede no ser más que una metáfora, pero puede ser también objeto de una historia cualquiera, centro, soporte o pretexto, quizá, de un relato.

Byron y Rachel anduvieron más de una hora, cruzando cuatro kilómetros de terreno accidentado. Después llegaron al borde de un acantilado que dominaba el mar. Siguieron un rato por la orilla del abismo antes de hallar un camino que llevara al fondo. El camino estaba hecho con restos de escaleras, vigas, barandillas herrumbrosas, cuerdas medio podridas, tablas y quizá más cosas aún. El fondo era de piedra y agua.

Miraron un instante hacia el horizonte vacío. Byron se sentó en el suelo. Rachel hundió la punta de un pie en el agua.

—Está fría —dijo—. ¿Es aquí?

—Supongo.

—¿Crees que se parece a lo que ha descrito Arbogast?

–Todos estos sitios se parecen –dijo Byron–. Y todas las descripciones también.

–De todos modos...

–No existen arrecifes de color rosa: es un embustero. Y además tenemos tiempo.

–De todos modos... –repitió Rachel–. Un arrecife rosa...

Insistía.

–No es el sitio, Byron. Hay que remontar la costa hacia el norte.

–Lo reconozco –dijo Byron–. No es el sitio. Vamos.

Se apropiaron de todo el tiempo que tenían. Se entretuvieron en una pequeña playa de arena gris del tamaño de una cama grande semicircular, cuya base, trazada por el límite del mar y modificada constantemente por el movimiento de las aguas al aplastarse, entrecocar o abortar en ella, parecía siempre a punto de ser anexionada por las olas, que cubrían y desnudaban obstinadamente aquella franja de arena anegada, de estatuto incierto, parecida a una especie de tierra de nadie, de zona fronteriza que disputara el océano a la tierra, y que, tras cada asalto, como para marcar su territorio en señal de desafío, o como se abandonan las armas rotas en un campo de batalla, dejaban la huella de su paso en forma de regueros de espuma cremosa y volátil, semejantes a encajes desgarrados. Una novela, quizá, mejor que un relato.

Dejaron la ropa en los peñascos y se deslizaron entre la arena y el agua como entre dos sábanas limpias y frías, sumergidos hasta los hombros. Las olas más fuertes se abatían sobre su rostro, masas de sal líquida que se les metían por las orejas y la nariz, raspándoles la garganta, abrasándoles los ojos. Se abrazaban sobre aquella capa de polvo empapado, cuyos granos calizos o silíceos se imprimían un instante en su piel endurecida antes de que la ola siguiente viniera a diseminarlos, como si aquel entorno binario, acuoso y pétreo, se empeñara en recobrar sus constituyentes para él solo y en toda circunstancia, aunque fuera una circunstancia amorosa. Así permanecieron mucho rato, obedeciendo al juego irregular de las olas que mandaban en sus cuerpos, decretando sus posiciones. Cerrando los ojos, soldados uno a otro, flotaban en un pozo de abstracción, espacio inmortal sin gravedad ni tiempo, en cuyo seno podían cruzarse, rozándose, angelotes y peces, por ejemplo.

Se dedicaron uno a otro, hasta sentir dolor; después descansaron hasta tener frío. Estaban tendidos boca arriba, uno al lado del otro. Se habían desprendido del agua, que les llegaba a medio cuerpo, como si hubieran echado las sábanas a los pies de la cama. Los cabellos de Rachel cubrían la cara de Byron. Se levantaron y entraron

en el agua, nadando de frente hacia alta mar, hacia su límite horizontal. Se hallaban lejos de la playa, casi en pleno piélago, cuando intentaron acoplarse aún sobre un abismo líquido. No lo consiguieron. Volvieron a tenderse en medio de las rocas, en un alveolo de arena seca.

Después se habían vuelto a marchar, siguiendo la costa hacia el norte. Habían subido otra vez al acantilado. Mientras andaba, Rachel divisó, tierra adentro, una estela alta y delgada de hormigón gris, erigida en medio de una horda de matorrales bárbaros cuyas anchas hojas relucientes se extendían blandamente a su alrededor. El megalito parecía antiguo; sus flancos estaban erosionados, su base roída por el musgo, que formaba en torno a ella una ganga espesa de felpa verde y parda.

–Es el meridiano de Greenwich –dijo Byron, en voz baja, como a la vista de un indeseable–. No haga caso.

–¿Qué es?

–Un punto de la línea del cambio de fecha –murmuró también, como si la estela estuviera dotada de oído–, la línea que separa un día del siguiente. Esta isla es muy pequeña, está más bien aislada y no se descubrió hasta muy tarde, cuando ya estaba fijado el recorrido del meridiano. No había nadie aquí en aquella época, es normal, es inhabitable. No debieron de juzgar útil modificar el recorrido por tan poca cosa.

Se habían detenido. Rachel no decía nada; tenía la vista puesta en el mojón absurdo.

–Es un meridiano chapucero –seguía diciendo Byron–, chapucero y nadador. Se escurre por el agua de un polo al otro, sin pasar por ninguna otra tierra. Supongo que sería complicado vivir en un país en el que la víspera y el día siguiente distaran tan sólo unos centímetros: podría uno perderse, a la vez, en el espacio y en el calendario; sería insoportable. Éste es el único sitio por donde pasa el meridiano a pie enjuto, y se ha señalado su paso con esto. Igual podían haber construido un muro, para dividir la isla en dos fechas.

–Vamos a verlo –dijo Rachel.

–Puede que sea peligroso –protestó vagamente Byron.

–Venga.

Iba ya corriendo; Byron la siguió. Como habían descansado un poco andando, se tendieron sobre aquel nuevo lecho de hojas relucientes, al pie del umbral efeméride, y rodaron enlazados entre ayer y mañana, y gozaron de un infechable hoy.

Por fin llegaron al lugar indicado por Arbogast. Se parecía efectivamente a otros muchos puntos del litoral de la isla, al menos en su

parte occidentada, pero se adornaba con un rosario de arrecifes a flor de agua, como aletas de escualos, el más saliente y más lejano de los cuales, invadido por una especie de moho eflorescente de un rosa anaranjado, parecía cumplir la función de fanal. Esta vez aguardaron al borde del acantilado. Y luego llegó el barco.

Era un gran velero con los costados erizados de cañones, como los que se pueden ver hoy día encerrados en botellas o en los cuadros de Joseph Vernet. Se acercaba lentamente a la costa, rumbo al arrecife rosa.

—No pasa desapercibido —observó Rachel.

—Precisamente —dijo Byron—, supongo que es deliberado. A nadie se le ocurrirá buscarla a usted en él. Gutman puede mandar registrar los barcos de pesca, vigilar todos los embarcos y hasta las rutas marítimas, pero nadie tocará éste, precisamente porque salta a la vista. Es un viejo truco experimentado.

Desde la cubierta del navío, alguien les hizo señales. Byron agitó un brazo. No hubo más intercambios que los posibles entre una silueta y otra silueta. En el barco se ajetreaban echando un bote al mar, con otras cuatro siluetas a bordo, que empezaron a remar en dirección al acantilado, en dirección a ellos.

Durante el rato que se estuvieron besando, Byron tuvo tiempo de pensar que iban a dejar de besarse, que bajarían luego al pie del acantilado por un camino más fácil que el primero y que llegaría la barca. Se besarían de nuevo y Rachel se embarcaría en medio de las siluetas, que, entretanto, se habrían convertido en caras, cuerpos, ropas sobre esos cuerpos, todos precisos, concretos, distintos unos de otros, y que volverían a remar en sentido opuesto haciendo funcionar bien sus músculos. Byron miraría un rato cómo se alejaba el bote y empezaría a trepar otra vez al acantilado, volviéndose de vez en cuando. Rachel también se volvería, mientras los ojos de cada uno fueran aún perceptibles para los del otro. Después, cuando ambos se hubieran reintegrado a las siluetas mutuas, Byron dejaría de volverse. Recorrería otra vez cuatro mil metros de desierto lacerado y regresaría al palacio.

Así sucedió todo, con una salvedad, y fue que se volvió una última vez, al llegar a la cima del acantilado, y observó el mar. En él se mecía blandamente el navío, en una especie de flotar distraído, descuidado; indiferente también. Era muy grande. Byron contó sus palos, tres, y luego sus velas.

Entonces, en lugar y situación muy diferentes, desfilaron a paso rápido los números seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno y cero en gruesos caracteres, anchas figuras negras y borrosas sobre un fondo gri-

sáceo infestado de puntos fugitivos, a lo que siguió con igual rapidez un sello ilegible e invertido, asimismo negro sobre fondo gris; después, abruptamente, el espacio no fue más que un gran rectángulo blanco, muy luminoso, netamente recortado sobre fondo negro. Al iluminarse este fondo, palideció el rectángulo, revelando la pared áspera que le servía de soporte.

O sea que nada de novela; era una película. La bobina giraba enloquecida sobre su eje, mientras el cabo de la cinta azotaba el aire. Georges Haas paró la máquina, sacó la bobina e hizo correr un momento el pulgar y el índice por los bordes de la cinta celulósica. Después la metió en un estuche de cartón pardo que guardó junto a otros en lo más hondo de un mueble de madera roja, alto y macizo, erizado de multitud de cajones de todos los tamaños, y fabricado en el siglo XVII por un inglés.

2

El despacho de Georges Haas se hallaba en la segunda planta de un edificio del bulevar Haussmann. La estancia tenía las dimensiones de un gimnasio, la mesa de trabajo las de un billar. A lo largo de las paredes se veían dos tipos de aberturas. Por la parte que daba al bulevar se alineaban unas ventanas estrechas provistas de cortinas oscuras y cristales dobles. En la pared opuesta, grandes ventanales cubiertos con persianas de largas láminas flexibles, paralelas y orientables, daban a un espacioso jardín ordenado como un parque, en cuyas avenidas se desplegaban alegres jardineros, con delantales de lona azul y sombreros de paja amarilla, que se afanaban por entre los macizos blandiendo pequeñas regaderas. Desde el interior de la estancia, según se mirase hacia el jardín o hacia el bulevar, el tiempo que hacía fuera no parecía del todo el mismo.

La gran mesa estaba casi desértica; los pocos objetos que la poblaban quedaban transformados en otros tantos oasis de cristal, cuero o cartón. Georges Haas acercó su sillón a la mesa y pulsó un botón que adornaba un oasis de ebonita en forma de concha, y atravesado por multitud de orificios para permitir que su voz pasara por ellos. Introdujo en la concha una especie de frase de aire monosilábico y se arrellanó en el sillón.

Mientras esperaba que floreciera el monosílabo, echó, como pudo, una mirada circular al espacio cuadrangular. Había algunos cuadros en las paredes, entre ellos un Monory grande, todo azul, que representaba un pasillo del hotel de la estación de Orsay, y un monocromo de Yves Klein igualmente azul, pero de distinto tono. Había también una litografía de Odilon Redon dedicada a Edgar Allan Poe y titulada *El ojo, cual globo extraño, se dirige hacia el infinito*. Representaba un aerostato, un enorme globo ocular a modo de montgolfier, y, colgada del mismo, hacía de barquilla una bandeja en la que yacía sobre su base una cabeza cortada. El monstruoso aparato flotaba entre dos aires sobre un vago paisaje marino, con un vegetal mal definido, en primer término, que evocaba un lirio de gran tamaño o una pita pequeña.

Al pie de la litografía, montado sobre una barra metálica, se hallaba un vaciado de terracota procedente de Esmirna, que ofrecía el aspecto atribuido al ciclope Polifemo, con su frente provista de un

abultado ojo. Pero si bien el autor de la obra había respetado la visión proverbialmente monocular de los cíclopes, no por ello había creído conveniente eliminar la huella de los otros dos ojos. En su lugar, dos párpados cerrados, vagamente huecos, parecían yacer en aquel rostro, cubriendo dos vacíos y dejando suponer que Polifemo había sufrido tal vez una enucleación doble, antes de que le saliera el ojo frontal.

Haas se preguntó por qué otra razón podía haber conservado el escultor aquellos residuos de ojos; quizá por oscuros motivos mitológicos; o por alguna repulsión a sustituir aquellos órganos por dos superficies de arcilla perfectamente lisas que se extendieran desde las orejas hasta la arista de la nariz, como si fuera menos atrevido añadir un atributo a la cara que suprimir otro. Pero, de este modo, Polifemo no tenía nada de espantoso; parecía llevar un postizo. No resulta fácil producir un monstruo, pensó Haas. El esmirniense anónimo había fracasado por exceso de discreción, limitándose a pegar un ojo de más en el material humano, como Odilon Redon, otra vez él, en su cíclope expuesto en el museo de Otterlo, había fracasado al reducir la cabeza entera de Polifemo a un ojo único, con exclusión de cualquier otro órgano, un ojo desmesurado, que ocupa una enorme órbita craneal, y azul, por añadidura: otro exceso.

La concha produjo un breve zumbido, señal de que había germinado el monosílabo. Haas alzó la mirada hacia la puerta del despacho, que Pradon empujó desde fuera.

Haas rondaba los cincuenta años; Pradon los treinta. El hombre que entró con Pradon era de edad equidistante. Flaco y vestido con colores discordantes, llevaba unas gafas de cristales extremadamente gruesos que formaban lupa y que dirigió hacia Haas, mientras Pradon lo conducía a una butaca.

—He dudado, Russel —dijo Haas.

—Dudan todos —dijo Russel—. Y en el fondo es muy normal.

—No estaba seguro de que conviniera usted. Y ahora tampoco lo sé.

—Tiene perfecto derecho —reconoció Russel—. Pero le daré garantías. ¿De qué se trata?

Haas movió levemente la mano señalando a su secretario.

—Una desaparición —recitó Pradon—. Un investigador de los laboratorios ha desaparecido con un documento que el señor Haas desea recuperar. Al parecer, la hija del señor Haas se fue también con él. El señor Haas desea recuperarla igualmente, aunque ambos problemas son evidentemente distintos.

—Ve el cariz general del asunto —supuso Haas.

–Con claridad meridiana –dijo Russel–. Es un esquema muy clásico. Sigamos.

–Antes de seguir adelante –comentó Pradon–, el señor Haas desearía tener una idea de su trabajo.

–Es muy natural –dijo Russel, sacándose del bolsillo un objeto pequeño y plano que tendió hacia adelante–. Mi curriculum vitae.

Pradon abrió el envoltorio de celofán, del que extrajo una pequeña bobina cinematográfica, del mismo tipo que la anterior. Fue hacia el cíclope y debió de accionar algún resorte disimulado tras la nuca antigua, pues la cabeza se abrió por la mitad, girando sobre invisibles bisagras y dejando al descubierto un pequeño proyector alojado donde se supone que se encontraba el cerebro de Polifemo. Pradon metió el extremo de la cinta en los engranajes del aparato, poniéndolo en marcha después de correr las cortinas y mover las persianas, cuyas láminas se cerraron como paredes de párpados paralelos.

El ojo frontal centelleaba, proyectando en la estancia un haz cónico, como un embudo luminoso que materializaba las partículas de polvo flotantes, invisibles de ordinario. En el mismo instante, procedente de pantallas acústicas empotradas en los tabiques, se oyó un sonido, o mejor dicho las primicias, el soporte o el raíl de un sonido inminente, perceptible en sí pero de una tonalidad vacía y neutra, ligeramente sibilante, como un roce afelpado entreverado de crujidos parásitos. Cuando la música se deslizó por el raíl, Haas y Pradon se volvieron hacia la pared opuesta al cíclope. Russel no se movió, fija la mirada hacia adelante, hacia la mesa, petrificado en su butaca tras sus cristales enormes como un insecto dormido o al acecho.

La música era binaria, esquemática y amplificadas; entre sus intersticios se alojaban tintineos de vasos y fragmentos de conversaciones confusas. La imagen también era borrosa; se distinguían colores vivos en ella; Pradon la graduó.

Una mujer se desnudaba en el estrecho escenario de un cabaret. Entre bastidores se divisaba a un hombre mayor que ella, que la miraba, recogiendo y doblando una tras otra las prendas que le lanzaban por orden decreciente. Al final del proceso, la mujer agitó rítmicamente unos minutos todo lo que quedaba de ella y se marchó.

Se cerró el telón, apagando unos aplausos raquíticos.

–Buenas noches, Carla –dijo el hombre.

–Buenas noches, Abel –dijo la mujer.

De este modo se conocían sus nombres. Abel se acercó a Carla y le entregó el montoncito de prendas superpuestas con esmero.

–Nadie se acuerda del tipo que las recoge –se enterneció Abel.

–Mientras queda alguien para recogerlas, es que no todo está perdido –suspiró Carla.

Un espectador se había aventurado fuera de su aprisco. Fijaba en Carla una mirada de convulso, estrechando bajo el brazo una bolsa de plástico amarillo. Abel tuvo que empujarlo para que se fuera; salió de espaldas.

–Todas las noches pasa lo mismo –dijo Abel volviendo junto a Carla–. Hay que pelear.

–Espero a alguien esta noche –dijo Carla–. A un americano. Déjalo pasar.

Abel asintió. La miraba. La joven desataba el cordón rojo que llevaba en el cuello, única gala que conservaba en escena al final de su número; ahora no podía estar más desnuda. La gerencia del local había ido construyendo lentamente, a lo largo de los años, una especie de muralla entre Abel y la desnudez, una pantalla impermeable, aunque bastante transparente, que lo prevenía contra toda emoción. De ordinario, circulaba impasible por entre los cuerpos descubiertos y maquillados, indiferente como un escalpelo que saltara de hígado en hígado. Pese a todo, la miraba.

–Cuidado –sonrió ella–. Vas a tener que pelear contigo mismo.

Cambió de pie, tragó saliva y un sentimiento estúpido de incomodidad le abrasó la cara. Carla sonrió de nuevo y subió a los camerinos. Abel dio unas cuantas vueltas entre bastidores, con expresión preocupada; después se dejó arrastrar hacia el bar como por efecto de un tropismo.

En el camerino reinaba un gran desorden. Carla estaba sentada frente a un gran espejo redondo bordeado de bombillas desnudas, fundidas la mayoría, y se quitaba el maquillaje antes de ponerse otro. Cuando llamaron, se levantó con viveza y corrió a abrir, brutalmente frenada en su impulso en cuanto abrió la puerta. Maquinalmente cruzó los brazos sobre el pecho.

–Disculpe –dijo–. Esperaba a otra persona.

–Pido para los ciegos –dijo Russel.

Había cambiado sus gafas de cristales gruesos por unas gafas opacas. Llevaba un bastón en la mano izquierda, y en la derecha, un pequeño bote de hierro con un asa, una ranura encima y una etiqueta pegada delante.

–Claro. Un momento –dijo Carla, descruzando los brazos.

Volvió al espejo, abrió su bolso y regresó con unas monedas que introdujo por la ranura practicada a tal efecto.

–Dios la premie por su buen corazón –dijo Russel apretando el asa de su cepillo portátil.

Casi no se oyó nada, pero súbitamente apareció un agujerito bajo el pecho izquierdo de Carla, a la altura del susodicho órgano. Se sobresaltó y, con la mirada llena de asombro, se fue deslizándose hasta el suelo del camerino, cubierto con grandes losas de linóleo que imitaban mármol rosa, donde su cabellera suelta formó alrededor de ella, al caer, una alfombrita circular y rubia. Russel liberó la punta de su zapato, cogida bajo el cuerpo, sopló sobre el falso cepillo, del que se escapaba una voluta, y se dirigió hacia el fondo del camerino, pareciendo, con este movimiento, aproximarse a los espectadores, hasta tender una mano hacia ellos en el gesto que hizo para detener la cámara disimulada en el armario ropero. Hubo un último primer plano de su cara, algo de través; luego la oscuridad.

–Ingenioso –dijo Georges Haas–. Sigamos.

3

Vera estaba, pues, en su habitación, echada en su cama, cuando chirrió el teléfono.

Por motivos de longitud de cable, el teléfono estaba frecuentemente instalado en el cuarto de baño, al otro extremo del pasillo, de modo que Vera recorrió el pasillo.

El cuarto de baño era casi demasiado grande. El techo era alto, las paredes lívidas, con regueros grises. El teléfono estaba inestablemente colocado en el borde del lavabo. De cerca, ya no chirriaba, atronaba; pataleaba, se desgañitaba furiosamente, con sacudidas bruscas, que parecían comprometer cada vez más peligrosamente su equilibrio. Vera se sentó en el ángulo de la bañera.

–Soy yo –transmitió el aparato–. Paul.

–Sí, soy yo –dijo Vera.

–La llamaba... así sin más –dijo Paul evasivamente.

Y rompió a hablar sin interrupción. Y Vera se puso a escuchar distraídamente. Había muy poca luz en el cuarto de baño; con la oscuridad y el maquillaje, sus párpados eran negros. Se expresaba sobre todo mediante asentimientos vagos, algo prolongados. Cuando podía hablar, desplazaba rápidamente los ojos, que tenía grandes, a la izquierda, a la derecha, realmente aprisa. Se parecía a Dorothy Gish, la hermana de Lilian.

Era la tercera vez que Paul llamaba aquel día. Estaba insistente. Su voz entraba en el oído de Vera como una especie de alimento seco, deshidratado, congelado y atado con una cuerda de algodón beige muy fina. No paraba de articular. Vera no llegaba a distinguir ninguna de las pausas, ni siquiera ninguna respiración, en la bruma de sus largas frases infestadas de digresiones, inversiones, elipsis, llamadas, tachaduras y enumeraciones, que, a pesar suyo, recorrían el cable del teléfono, negro, extensible y en espiral. Y Vera se distraía tirando del cable y aflojando, y hasta hacía nudos en él, con la mano libre, para complicar algo más lo que decía Paul.

Miraba la bañera, llena aún de un agua vieja que se enfriaba. A quien habría que tirar al agua era a Paul, enterito, con todas sus palabras, para que ellas y él se flexibilizaran, se ablandaran, se dilataran y mudaran de sentido, como esas flores de papel orientales que el agua libera de su estado informe de oscuro capullo contraído y

flotan al fin, abiertas, en el corazón del líquido; pero ¡qué comparación tan manida!, deploró Vera.

—Es excepcional, ¿sabe usted? —decía precisamente Paul—. Por regla general, soy de un natural más bien reservado.

Vera descolgó de su soporte el pequeño auricular supletorio, pesado y negro como el verdadero objeto que era. Lo hizo oscilar al extremo del cable, que se escurría lentamente entre sus dedos sobre la bañera, hasta que llegó casi a rozar la superficie jabonosa. Se preguntó si sería prudente sumergir aquel auricular, si no habría peligro de que una alta tensión invadiera bruscamente el agua, el aire y a ella misma, en medio de grandes chispazos blancos. Se imaginó electrocutada, cayendo en la bañera, que empezaba a hervir y vibrar como un viejo transistor puesto a toda pastilla; el agua gris hacía un ruido de pinball loco; y Paul le gritaba por el teléfono.

—Me gustaría mucho verla —se empeñaba Paul.

Dejó el auricular en su sitio y hundió la mano en el agua. En el fondo prefería ducharse. En la ducha sentía mejor el líquido metiéndose y hurgando por su piel, obstáculo entre dos aguas, la que llega y la que huye; su cuerpo se volvía intermediario, parada en el laberinto de agua corriente que recorre las ciudades en filigrana.

—Pero no esta noche, en todo caso.

Lo había dicho con tono muy seguro, como si realmente lo estuviera pensando, como si considerara seriamente esta idea, cuando, arrastrada por el agua corriente, más bien veía la posibilidad de disolverse, de fundirse en aquella agua y seguirla hasta los últimos confines de las canalizaciones, y trasladarse de este modo a todas partes, y sembrar el pánico brotando por un grifo inesperado, y arengar a las multitudes desde lo alto de los géiseres, las fuentes, y, por último, multiplicarse por los poros de una alcachofa de regadera para unirse con los frutos, las flores y las hortalizas.

—No la oigo —dijo Paul.

—Si no digo nada.

—¿Dónde está?

—En el cuarto de baño. Estoy sentada en el borde de la bañera.

Y, respondiendo a sus súplicas, precisó que aquella bañera tenía patas, paredes, un fondo, un desagüe y grifos. Quería saberlo todo, hasta lo que no hace falta saber. Después había tuberías que unían aquella bañera con el mundo y que convergían con otras tuberías hacia un rincón oscuro al fondo del cuarto de baño; después no sabía qué pasaba.

Paul estaba encantado de enterarse de todo aquello; encantado de la oportunidad. Precisamente, él podía decírselo: y detalló el re-

corrido de las tuberías con sus revestimientos a través del yeso, el cemento, el hormigón, hasta las cloacas, los colectores, las estaciones depuradoras..., y desde allí volvía el líquido, por otras tuberías, corriendo sin cesar, desgastándolo todo a su paso, las tuberías, los objetos, las pieles enjabonadas, desgastándose a sí mismo.

Ahora, pues, hablaba del agua. No es posible saber si Vera lo escuchaba de verdad. Locuaz, proporcionaba sobre el agua cantidad de detalles arbitrarios, como los habría proporcionado sobre cualquier tema: así, se lavaba el agua poniendo a su paso unas resinas que fijaban las impurezas; así, a cada especie particular de impureza correspondía una especie particular de resina; todo aquello estaba muy bien organizado; las resinas se limpiaban con salmuera.

La salmuera hizo sonreír a Vera, pero Paul no oyó su sonrisa.

–Otra cosa, ahora –dijo Vera.

–Una historia –propuso Paul.

–Bueno.

–Tres lanceros bengalíes –anunció Paul.

Éranse una vez tres soldados del ejército de la India, en un regimiento de lanceros mandado por un tal coronel Stone. El primer soldado se llamaba Mac Gregor, el segundo se llamaba Forshyte. El tercero, menos interesante que los otros, se llamaba Stone: era hijo del coronel Stone; las cosas no andaban muy bien entre el joven Stone y el viejo Stone. Bueno. Toda aquella gente luchaba contra un maharajá llamado Mohamed Khan, que se había procurado la ayuda de una bella espía llamada Tania o algo así.

Paul prometió que seguiría en otra ocasión.

–Otro día –dijo–. La llamaré.

Antes de colgar, Vera sonrió de nuevo, se encogió levemente de hombros, asintió con la mirada e hizo un breve gesto con la mano; y de estos cuatro movimientos nadie supo nunca nada. Después volvió a su cuarto y se echó sobre la cama tras correr las cortinas de la ventana.